

EL OCÉANO CONTRA LAS ROCAS

Sergio Martínez Vila

X Certamen Internacional Leopoldo Alas Múguez

Sin la autorización por escrito de la editorial, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni tampoco su tratamiento o transmisión por ningún medio o sistema.

De igual manera, todos los derechos que de ella dimanen, cualquiera que sea la naturaleza de estos, así como las traducciones que puedan hacerse, incluyéndose igualmente las representaciones profesionales y de aficionados, las películas de corto y largo metraje, recitación, lectura pública y retransmisión por radio o televisión, quedan estrictamente reservados. Se pone un especial énfasis en el tema de las lecturas públicas, cuyo permiso deberá asegurarse por escrito.

Las solicitudes para la representación de esta obra, de cualquier clase y en cualquier lugar del mundo, habrán de dirigirse a Sociedad General de Autores y Editores, SGAE, en la calle de Fernando VI número 4, 28004 Madrid, España.

Sergio Martínez Vila
EL OCÉANO CONTRA LAS ROCAS

Primera edición, 2017

© De *El océano contra las rocas*: Sergio Martínez Vila

© De la Presentación: Pablo Peinado Céspedes

© Para esta edición: Fundación SGAE, 2016

Coordinación editorial: Pilar López. Diseño gráfico y de cubierta: José Luis de Hijes.

Maquetación y procesos digitales de edición: bolchiroservicios.com

Corrección: Marisa Barreno. Imprime: Estugraf Impresores, SL

Edita: Fundación SGAE

Bárbara de Braganza, 7, 28004 Madrid

publicaciones@fundacionsgae.org

www.fundacionsgae.org

ISBN: 978-84-8048-884-6

ISBN electrónico: 978-84-8048-885-3

DL: M-26509-2017

Índice

Cuerpos en busca del océano (Pablo Peinado Céspedes) 5

El océano contra las rocas 11

Cuerpos en busca del océano

El amor es efectivamente una locura. Un estado de enajenación transitoria que suele curarse con el tiempo, afortunada o desafortunadamente, según los casos. El amor es una necesidad necesitada de hombres y de mujeres. Aitor y Remedios no tienen apenas tiempo para vivirlo. Pero sin duda tienen la intención de amar y la voluntad puesta al servicio del amor, un amor, como dice el autor en una cita, “para vivir en compañía la liberadora aventura de la perdición”.

El amor además es una fiesta y una revolución que los otros no entienden porque siempre quedan fuera del círculo. Sobre todo cuando los excluidos son, como en el texto que nos ocupa, unos infelices. Dos hombres y una mujer. Los tres hijos de los protagonistas de la obra. Tres personas desnortadas que no saben muy bien qué hacer con sus vidas. Aitor y Remedios sí lo saben. Han descubierto el secreto de la felicidad, un raro elixir que conduce directamente al abismo. Porque el disfrute de la vida parece vedado a los que están al final de este exiguo camino que no lleva a ninguna parte. Y es que la vida podría compararse sin duda con un callejón sin salida del que solo logramos salir soñando. Sobre todo si somos capaces de crear una ficción que nos redima y nos haga creer que todo es posible, de lo contrario podríamos llegar a pensar que nada de lo que ocurre en el mundo tangible, en el mundo real y vulgar, merece la pena ser vivido.

En ese espacio de ensoñación es donde encuentran su lugar las diferentes religiones y creencias, pero también confluyen ahí el teatro, la literatura o el arte. Tan diferentes y a la vez tan parecidas propuestas porque todas ellas nos obligan a creer, a tener fe en lo que nos dicen, proponiéndonos una verdad que en el caso de las religiones es única y absoluta. Pero mientras que en el teatro o la literatura

solo se trata de un juego, una verdad que se acaba con la bajada del telón o en la última página de la novela que acabamos de leer, las religiones quieren quedarse dentro de nosotros y regir nuestras vidas a su entero capricho.

El amor que se profesan Aitor y Remedios también forma parte de un sueño. De hecho da comienzo de madrugada, a una hora en la que todos solemos estar soñando. Pero en este caso además de sueño actúa aquí también como metáfora de rebelión, de la ruptura de las convenciones, aunque sea por medio de la sinrazón. Como expresión de un deseo de querer vivir sin ataduras y sin los arquetipos de relación entre personas que impone el sistema. Llámese a los censores hijos, padres, vecinos, compañeros de trabajo... En este caso es amor heterosexual y algo disfuncional. El amor al que se entregan los dos ancianos protagonistas de esta historia es la forma que el autor tiene de romper con las normas establecidas, las que tratan de imponer de entrada el hijo gay, la hija hetero o el otro hijo del que apenas sabemos nada...

El océano contra las rocas era una obra compleja para un certamen que premia textos de temática gay, sin embargo, creo que el jurado supo ver que, más allá de una relación heterosexual, estaba esa actitud decidida de los protagonistas de querer vivir su amor por encima de cualquier obstáculo, llámese esta familia o llámese la propia vida. El hijo gay no sale muy bien parado, pero tampoco su hermana y mucho menos el hijo de ella, un personaje apenas esbozado pero al que intuimos víctima de un daño acaecido en el pasado que determina todo su comportamiento. Pese a todo, no es una *rara avis*, todos conocemos a muchas personas así, tan destructivas que acaban destruyéndose a sí mismas. No nos ayuda mucho a empatizar con él, con su actitud intolerante y mezquina, el miedo que siente a perder el control sobre su madre; quizá un reflejo de sus propios fantasmas o incluso una forma de vengarse de un pasado de incompreensión e intolerancia.

La metáfora del amor como locura (o del amor y la locura) está bien enraizada en la historia de la cultura: el de Ofelia quizá por

Hamlet, cuyo desprecio la empuja a la muerte; el de Juana la Loca, desquiciadamente enamorada de Felipe; Romeo y Julieta; Calixto y Melibea..., historias en las que a veces el amor aparece confundido con la pasión o con el deseo, en un frágil equilibrio en el que no podemos distinguir los términos exactos, porque a veces el amor se confunde con el deseo de posesión del otro o con el mismo canibalismo, extremo metafórico (aunque a veces no) a menudo usado como explicación del amor, del deseo de aprehender al otro, de poseerlo de manera radical y con todas sus consecuencias...

Pero en la obra de Sergio Martínez Vila los derroteros van por otro lado, ya que Remedios, la mujer que está comenzando a vivir en una realidad paralela, ya está casi “perdida” cuando encuentra a Aitor, y esa unión lo único que hace es reafirmar su necesidad. Al menos ese compañero le ayudará a encontrar una forma de felicidad última, por muy efímera que esta resulte.

Martínez Vila parece decirnos en *El océano contra las rocas* que no hay que tener miedo a romper las barreras, que no hay que tener miedo a la vida porque tarde o temprano nos sitúa en la posición perfecta de enfrentarnos a los arquetipos, obligándonos a tomar una decisión que nos salve de la muerte en vida, zombis de vida gris y mutilada, para darnos la posibilidad de ser reyes de nuestro destino. Porque, de no ser así, nos hundiremos definitivamente en un abismo de hastío e inutilidad.

Pero esto solo son teorías. Lo único real, tangible y omnipresente en nuestras vidas es el amoroso teatro, en este caso servido por un texto que ha sido merecedor del X Premio LAM, como el mejor de entre los presentados en 2016. Y eso es lo único que de verdad importa ahora.

Solo me queda agradecer su trabajo a los otros tres miembros del jurado: Dora Cantero, Marilia Samper y Javier Sahuquillo, por su concienzuda lectura de los textos presentados, por exponer inteligentemente sus puntos de vista y, a la vez, saber escuchar y valorar atentamente la opinión de sus compañeros jurados. Hay quienes hacen lo difícil fácil, y ellos tres están entre ese tipo de personas. Mi

agradecimiento y el de la Fundación SGAE por habernos regalado durante unos días su talento, dedicación y esfuerzo.

Gracias también a Leyre Abadía, Andrea de Gregorio, Pilar López, Óscar Millares, Inés París y Yolanda Hernández Pin, de la Fundación SGAE, por hacer posible un sueño que dura ya diez años...

Pablo PEINADO CÉSPEDES

Presidente del jurado del Premio LAM

El ser amado no está ahí para que uno no se pierda,
sino para perderse juntos; para vivir en compañía la liberadora aventura
de la perdición.

Pablo D'ORS, *Biografía del silencio*

El océano contra las rocas

Personajes

AITOR

ESTRELLA

JUAN

REMEDIOS

ENRIQUE

La acción transcurre en un piso de viviendas en Baracaldo, provincia de Vizcaya.

La cocina interior y el salón son espacios reales y también vehículos para la imaginación de los personajes.

Al mismo tiempo, todo sucede a la vera del agua, y la escena también podría ser un conjunto de orillas lamiendo un horizonte obrero-industrial.

1

El mar rompe en la orilla.

Aitor mira el patio interior de su vivienda a través de la ventana de la cocina. La radio está encendida.

Las gaviotas se llaman las unas a las otras mientras la cafetera bulle.

Aitor tiene setenta años. Luce un aspecto demacrado, consecuencia directa de la falta de sueño. Viste un pantalón de pijama y un jersey oscuro que le queda muy grande.

Después de unos cuantos segundos de abstracción profunda, Aitor se percató del ruido de la cafetera y apaga el fuego. Llena una taza de café, sin leche ni azúcar. Vuelve a la ventana, a la contemplación del patio, mientras el mar rompe en la orilla, las gaviotas se llaman las unas a las otras y los locutores de la radio nacional comentan aspectos del mundo globalizado.

Alguien abre la puerta del domicilio y deja las llaves sobre un apagador.

ESTRELLA (Off).— ¿Hola?

Aitor va a contestar, pero no lo hace. Bebe.

Estrella hace sonar sus tacones a lo largo del pasillo y entra en la cocina. Tiene cuarenta y dos años. Al quitarse el abrigo, vemos su atuendo de azafata de congresos, pulcro, ajustado.

Pensaba que igual estabas en la cama.

AITOR.— No...

ESTRELLA.— Como no saludas...

AITOR.— Se me ha quemado un poco el café... creo...

ESTRELLA.— ¿Sí? Bueno, yo nunca distingo esas cosas, con el azúcar... Me sabe siempre igual de mal. ¿Tienes leche?

AITOR.— Se me olvidó comprar.

ESTRELLA.— No pasa nada.

Estrella apaga la radio sin ningún miramiento y se sirve un café.

AITOR.— Tengo que acordarme de algunas cosas.

ESTRELLA.— Apúntatelas. Usa la agenda que te compré.

Aitor asiente mecánicamente y mira al suelo.

El chino siempre abre hasta las doce. Por si necesitas aceite o alguna cosa rápida... O puedes pedirnos lo que necesites, ya sabes que no nos importa.

Estrella ha estado abriendo armarios pero no ha encontrado gran cosa. Tampoco en la nevera. Mira a Aitor con cautela.

Te he traído unas pastas que nos llevaron ayer al trabajo.

AITOR.— ¿Por qué?

ESTRELLA.— ¿Cómo que por qué?

AITOR.— ¿Por qué os llevan galletas al trabajo? ¿Es un premio o qué?

ESTRELLA.— Una compañera cumplía años. Es lo que se hace. Llevar algo de picar para todo el mundo.

AITOR.— Ah.

*Estrella se sienta en la mesa de la cocina con el café y las pastas.
Aitor permanece de pie.*

ESTRELLA.— ¿No vienes? ¿Qué miras ahí?

AITOR.— Se le ha mojado toda la ropa.

ESTRELLA.— ¿A quién?

AITOR.— A Chari, la del segundo. La tendió ayer por la tarde, pero vino la nube a primera hora de la mañana cuando ya estaba casi seca y la ha vuelto a mojar entera.

ESTRELLA.— Ven aquí, anda. Desayuna conmigo.

*Aitor se acerca y se sienta a su lado.
El mar ha sido engullido por los sonidos propios de un suburbio industrial a primera hora de la mañana.*

Tienes que hacer compra. Ahora, de la que me vaya, me dejas algo de dinero y le digo a Jorge que se pase por el súper, no le cuesta nada.

AITOR.— Puedo hacerlo yo.

ESTRELLA.— Sí, lo sé, pero hasta que te pones a ello te tiras días así, bajo mínimos. No tienes ni pan duro.

AITOR.— No paso necesidad...

ESTRELLA.— Claro que no. Por eso no tiene sentido que vivas así.

AITOR.— Estrella...

ESTRELLA.— Otra cosa que puedes hacer es asearte un poco más. No digo que huelas mal o que la casa huela mal..., aunque un poco a cerrado sí que huele..., también son las pintas que me llevas... Siempre que te veo vas en pijama, y siempre es el mismo. Está bien cambiarse de ropa durante el día y ponerse algo solo para dormir, porque de noche se suda mucho aunque no nos demos cuenta. No sé. Al menos, arréglate un poco la barba.

AITOR.— Pensaba hacerlo para salir a la calle.

ESTRELLA.— ¿Sí?

AITOR.— No he perdido la cabeza.

ESTRELLA.— ¿Quién dice que lo hayas hecho?

Aitor vuelve a reprimir una contestación. Bebe.

No te estoy llamando cerdo, papá. Te pincho un poco para que te cuides, porque te quiero y porque estoy preocupada por ti.

AITOR.— Hoy voy a bajar al súper.

ESTRELLA.— No hace falta. Ya te he dicho que...

AITOR.— No he llegado al punto de tener que depender de mi yerno. Se acabó. Me afeito y me pongo una camisa y un pantalón. Ya está. ¿Contenta?

ESTRELLA.— Supongo que sí.

AITOR.— ¿Qué tal las chicas?

ESTRELLA.— Bien... Bueno... *(Mira a Aitor de reojo y se arranca)*
Belén no quiere ir a Lanzarote, pero si por ella fuera no haríamos

nada juntos, nunca, así que va a tener que aguantarse sí o sí... No la pienso dejar sola en casa dos semanas, conociéndola... Ni de coña.

Silencio.

Quería comentarte algo de las vacaciones... Ya sabes que no fue una decisión fácil, estando como están las cosas con Jorge, y solo con mi nómina... Hay que irse a alguna parte de todos modos..., desconectar... Yo creo que es muy sano para los cuatro, sobre todo para ellas. Es triste no haberlas podido llevar a la playa en cuatro años. El único problema es que vamos a andar muy justos en cuanto ingrese el depósito, porque para reservar el hotel tengo que dejar media estancia pagada, y me preguntaba si tú podrías dejarnos algo, de momento..., hasta que nos recuperemos un poco... A Jorge le dijeron que le iban a llamar para una obra nueva a mitad del verano..., una urbanización, creo... Así que te lo vamos a poder devolver en otoño como muy tarde, hasta con intereses si quieres...

Aitor está absorto en sus pensamientos.

No me escuchas.

AITOR.— ¿Qué?

ESTRELLA.— No has escuchado nada de lo que te he dicho.

Aitor se termina el café de un trago, nervioso.

AITOR.— Perdona.

Estrella se levanta a por un vaso de agua.

ESTRELLA.— No te preocupes.

Silencio.

AITOR.— No tiene nada que ver con tu madre.

ESTRELLA.— Vale. Yo no he dicho...

AITOR.— No estoy pensando en ella las veinticuatro horas del día.

ESTRELLA.— Ha pasado casi un año. Imagino que no.

AITOR.— Pero lo piensas.

ESTRELLA.— No lo pienso, es solo que a veces actúas como si... (Se interrumpe)

AITOR.— ¿Qué?

ESTRELLA.— No sé... Déjalo, no le des más vueltas.

AITOR.— Eres tú la que das vueltas a todo.

ESTRELLA.— Es normal que te acuerdes de ella, es lo único que digo.

AITOR.— Tengo muchas otras cosas en que pensar ahora mismo. Mira cómo está el país. Mira el tiempo que hace. ¿A ti te parece normal este tiempo?

Alguien abre la puerta de casa y deja las llaves sobre el aparador.

ESTRELLA.— Ahí está Juan.

AITOR.— No sé qué os creéis.

ESTRELLA.— No te enfades. Yo también estoy preocupada por el país y por el calentamiento global. Y tampoco pienso en mamá. Nunca. Todo está perfecto.

Juan, un hombre algo mayor que Estrella, entra en la cocina. Lleva una bolsa de deportes que deja junto a la puerta de la cocina.

JUAN.— ¿Cómo está el patio?

AITOR.— Ponte café, Juan, que se enfría.

JUAN.— A la orden.

ESTRELLA.— ¿Vienes del gimnasio o vas?

JUAN.— Vengo.

ESTRELLA.— Eres una vigorética.

JUAN.— Cuidado con lo que dices. (*Abre la nevera*) ¿Por qué nunca tienes leche, papá?

ESTRELLA.— He traído pastas del cumple de Marta.

JUAN.— No como de eso, gracias. Voy a hacerme un sándwich... de algo... (*Saca un tomate arrugado*) Así no puedes estar, con toda esta comida pudriéndose...

ESTRELLA.— Ya se lo he dicho yo.

JUAN.— Da un aspecto deprimente.

ESTRELLA.— Nos vamos a Lanzarote.

JUAN.— ¿Ah, sí? ¿Cuándo?

ESTRELLA.— La segunda quincena de junio.

JUAN.— ¿Por qué no os lleváis a papá?

ESTRELLA.— ¿Por qué no te lo llevas tú a Maspalomas?

JUAN.— Si ya sabes la respuesta, ¿por qué preguntas?

AITOR.— No quiero ir a ningún sitio.

ESTRELLA.— Ya lo sé. Por eso no te lo he ofrecido...

JUAN.— ¡Ja!

ESTRELLA.— (*A Juan*) Vete a la mierda, un poquito.

AITOR.— No tenéis que quedar bien conmigo, iba a ser un estorbo de todas formas.

ESTRELLA.— De eso nada. Eres nuestro padre.

JUAN.— No sé por qué guardas latas de mantequilla vacías. Tíralas y punto.

AITOR.— Lo iba a hacer.

JUAN.— Te cojo un plátano, ¿vale?, y ya pillo algo más luego. (*Se sienta*) Me acabo de cruzar con Luis, el de la zapatería.

ESTRELLA.— Se ha puesto como un tonel. No me extraña que su mujer se haya ido por ahí y no vuelva...

JUAN.— Me ha dicho que hay baile en la sala polivalente el sábado que viene, y bingo todas las tardes de cinco a seis. Que te animes. Si el bingo no te mola, que lo entiendo, al menos lo del baile debe de estar bien, y los cubatas son a tres euros.

ESTRELLA.— No creo que a papá le interese mucho hacer el crápula con Luis y toda esa panda.

JUAN.— ¿Por qué el crápula?

ESTRELLA.— No sé. Es lo que se dice por ahí.

JUAN.— ¿Lo que se dice por ahí?

ESTRELLA.— Les han visto fumar porros en el parque. Ahí, al lado de los niños... Debería darles un poco de vergüenza, a su edad...

JUAN.— Como si tú no fumases.

ESTRELLA.— Es Jorge el que fuma. Yo solo le doy una calada.

AITOR.— No me gusta la música que ponen... en el baile.

Silencio.

JUAN.— ¿De qué estabais hablando antes, que se os oía muy encendidos?

ESTRELLA.— Nada importante. ¿Y tú, qué?

JUAN.— ¿Yo, qué de qué?

ESTRELLA.— Siempre queriendo saber de la vida de todo el mundo, y tú no te cuentas nada...

JUAN.— No hay nada que contar. ¿Qué quieres saber?

ESTRELLA.— ¿Estás saliendo con el chico ese al final o no estás saliendo con él?

JUAN.— ¿Qué chico?

ESTRELLA.— El ambientólogo.

JUAN.— Creo que ya no.

ESTRELLA.— ¿Crees que ya no? ¿Qué ha pasado?

JUAN.— Ronca.

ESTRELLA.— ¿No le has dicho que vaya al otorrino?

JUAN.— Sí, y él dice que el problema también es mío, ¿qué te parece?

ESTRELLA.— Hombre, tienes un sueño muy ligero, de siempre...

JUAN.— Peor es roncar.

ESTRELLA.— Seguro que exageras.

JUAN.— No exagero. Supongo que tampoco me gusta tanto.

ESTRELLA.— Ya no eres ningún chaval...

JUAN.— ¿Qué quieres decir con eso?

ESTRELLA.— Que te tomes un Orfidal o algo antes de ir a la cama, pero ya no estás para ir escogiendo o para andarte con tanto escrúpulo, digo yo...

JUAN.— No soy como tú.

ESTRELLA.— ¿Cómo soy yo?

JUAN.— Tengo que dormir para poder ir a trabajar.

ESTRELLA.— ¿Cómo soy yo?

JUAN.— No voy a morir solo, tranquila.

ESTRELLA.— (*Señala discretamente a Aitor*) Córtate un poco...

JUAN.— Hay muchos peces en el mar.

ESTRELLA.— Ese es el problema, no que tu novio de veinticinco años ronque.

JUAN.— ¿Y qué tal tú con Jorge? ¿Habéis vuelto a follar desde 2003?

ESTRELLA.— Tampoco se puede hablar contigo esta mañana.

JUAN.— Siempre son los demás los que tienen la culpa. ¿A que sí, papá?

ESTRELLA.— Vamos a dejarlo.

JUAN.— Has empezado tú a tocar los huevos desde el principio con lo de la vigorexia y los femeninos, cuando sabes que no he tenido pluma en mi puta vida y no me van los tíos con pluma.

ESTRELLA.— Entonces lo retiro. Eres un homófobo de mierda. Sobre todo cuando está papá delante.

JUAN.— Ahí te doy toda la razón.

ESTRELLA.— Menos mal. (*Se levanta*) Espero que folles mucho y con lo mejor que encuentres por ahí y que no te sientas solo nunca.

JUAN.— Es lunes por la mañana. Lo superarás.

ESTRELLA.— Me voy, que no llego.

JUAN.— ¿No vas a lavar tu taza?

ESTRELLA.— Papá, te cojo algo suelto de la cartera, para la compra... Luego te la sube Jorge. Estamos aquí al lado, y al final la familia está para eso, ¿o no? (*Le da un beso*) Que pases buen día.

JUAN.— (*Levantándose*) Yo también me voy. Se me ha echado el tiempo encima.

Estrella sale de la cocina. Se la escucha revolver algo en otra estancia de la casa.

Juan deja en el fregadero vasos y cubiertos a remojo.

JUAN.— Tú no le hagas mucho caso. Se siente mejor así, gobernando la vida de los demás... Y tú vas a seguir haciendo lo que te dé la gana, como hacemos todos. Eso sí, llena un poco la nevera, de lo que sea. No está bien tenerla tan desangelada. Y tira lo que ya no esté para comer, que luego eso da olor. (*Le da un beso de despedida*) Nos vemos mañana. Llama a Jorge o mándale un wasap, si te acuerdas, para que te compre leche y pan de molde. (*Sale hacia el pasillo*)

JUAN (*Off*).— (*A Estrella*) ¿Todavía aquí? ¿Qué haces?

ESTRELLA (*Off*).— Déjame en paz.

JUAN.— Dile que traiga ambientadores también...

ESTRELLA.— Habla más bajo.

JUAN.— Y tú no revuelvas, cotilla.

ESTRELLA.— No revuelvo, me preocupo. Si no lo hago yo, no sé quién lo va a hacer.

Juan y Estrella se van. Silencio.

Aitor dirige la vista hacia el pasillo. Luego mira su taza vacía y se echa a llorar, desconsolado, con rabia.

El mar rompe en la orilla.